

YAKO EN EL PUENTE ROJO

Por Yoss

*Para Jorge, que conoce el puente rojo y
sus dos orillas y sabe lo que se siente.
Para Angelito, por “La Puerca”.*

Desde que Humbertico el Piraña apareció dando tumbos en el patio, Yako supo que venía por él, por lo de Petra, y que tendría que decidir de una vez por todas si cruzaba o no el puente rojo. Me miró de costado como buscando apoyo, una risa, un cabeceo, un chiste, un “te lo dije, por pichidulce”, no sé. Pero yo no dije nada, y eso fue peor. Fue como decirle “dale, esto es tuyo”. Como decirle que delante de mí no podía echarse atrás.

Humbertico, mulato flaco y fibroso, sonrisa de pez carnívoro con pocos dientes, cicatriz de machetín en el hombro con tatuaje encima: “pero lo maté”. Seis años en el tanque y acabado de salir. Todavía con el recelo del presidiario que siempre busca la pared por instinto. Para no darle la espalda a nadie, para no regalar el culo. Trae una botella en la derecha y tres malas palabras enredadas en la lengua estropajosa, y viene buscando “a ese blanco hijo`eputa y grande por gusto pa`caparlo por singao”. Nada más verlo entrar, el Patio entero, que sabe lo de Yako con Petra la hermana de Humbertico, porque en Cuba todo se sabe y más en el Patio, se congela, se pudre de silencio: callan las fichas del dominó, y los chistes sobre el tarro que le está pegando a Dagoberto su mujer Berta la Culona con el hijo del Yepo, Manolito el Trípode, se marchitan solos y la gente traga en seco.

Nadie sabe cómo se enteró Humbertico, si fue o no chivatazo. Eso importará después... si importa. El caso es que lo sabe y viene a pedir cuentas. Sangre para lavar el honor de un mulato presidiario, empuercado por la sangre del himen roto de la putica adolescente de su hermana. Ojo por ojo, sangre por sangre..

Cuando un hombre viene a obligar a otro a cruzar el puente rojo o ahogarse en la mierda, se huele en el aire. Un olor frío y salado, como de sudor seco y orine viejo impregnado en tela sucia. Un olor que anuncia sangre sin oler precisamente a sangre.

Yako y yo no éramos estrictamente amigos. En muchas cosas pensábamos muy distinto. Socios cuando más. Pero crecimos juntos, con ese estilo de Quijote y Sancho y Batman y Robin pero sin mariconería, cuidándonos las espaldas, como tienen que andar los blanquitos si quieren sobrevivir en un barrio como el Patio. Sobre todo si uno es un blanquito esmirriado y no un tarajallú desde chiquito como Yako. Yako, bautizado Jacobo por su madre, nombre que siempre odió por picúo y estúpido, “suena como una mierda pinchada en un palo”, decía. Crecimos juntos aprendiendo a ser hombre y pelear sin apendejarnos hasta con esos tipos tan grandes que uno de pronto no sabe si es mejor saltarlos o darles la vuelta, pero igual se traga su miedo y suena la galleta aunque lo maten después, porque hay que ser machos y los machos no se arratonan. No en el Patio, porque si no uno es una cherna, una puta lea sin remedio, carne de trajín y aguantador de velocidades. Por miedo al miedo nos hicimos machos al mismo tiempo y eso, aunque uno no quiera, cuenta.

Yako siempre estuvo un paso delante de mí, desde chiquitos. Jugaba mejor a la pelota, tenía más suerte con las jevas, hasta jugando parchís los dados le sonreían mientras que a mí me sacaban la lengua. Marcado para ganar, el muy cabrón. Parecía que iba a ser por lo menos presidente de algo, todo se le daba tan fácil, tan sin esfuerzo... Yo el eterno segundo. Luego vino para mí la universidad con un año previo de Servicio Militar Obligatorio, y para él el Servicio puro y duro, y cada uno cogió su vereda y crecimos más todavía y maduramos. O empezamos a ponernos viejos y a podrirnos, quién sabe. Y todo fue distinto. A él se le apagó la estrella, se quedó en el Patio. La suerte también se cansa de que no la aprovechen, dicen los viejos.

Yako supo desde el principio que esta no se iba a resolver con papití y manoteo y tu-madre-maricón-te-salvaste-porque-me-aguantaron, al viejo estilo del Patio, cada uno tirando su guapería, salvando el prestigio y aquí no ha pasado nada. Que la cosa venía de sí o no, de sangre y huevos. Seguro que pensó en lo que habíamos hablado tres días antes, de que solo los imbéciles pelean sin miedo, porque los inteligentes saben lo mucho que se pierde con la muerte y lo que duele el dolor, y les importa y se cuidan. Pero si uno se cuida mucho, por inteligente que sea, es un pendejo, y nada peor que eso en el Patio. A lo mejor hasta se preguntó si Humbertico el Piraña traería fuca, porque se

buscó en el bolsillo de atrás, donde la gente lleva el pañuelo, la billetera y el peine, y los del Patio llevamos el filo y las malas intenciones.

Lo hizo de puro cabrón y mentalista, para distraer y meterle impresión al Piraña. Porque claro, él no llevaba. Nunca llevaba hierro. Un grande que además lleve un perfilo cortante siempre se la juega a que lo cacen sorprendido para darle un machetazo, y a quedar como pendejo de todas todas. No es jugar limpio; hay que arriesgarse, ir a pelo, darle al otro la ventaja del hierro porque de cualquier modo siempre se tendrá la del tamaño. Etica del Patio.

Yako mi socio, metro con noventa de jugador de baloncesto, pura fibra como cuerdas bajo la piel lechosa, pecoso, rubio de pelo malo y ojos azules y jodedores. Siempre le estoy diciendo que se ponga en serio pa` los hierros, tome menos cerveza y champán de hamaca y llene de músculos esa estatura que le tocó en la lotería genética, que con un poco de dedicación llega hasta a Míster Olimpia como Arnold en sus buenos tiempos. Pero él prefiere jugar baloncesto y pasarse el día tirado en el contén de la calle, bebiendo salta pa`trás y metiéndose con cuanta escoba con faldas pasa por el Patio. Vida de acera, vernáculo total. Se ríe y dice que a él no le va esa mariconería musculosa de posturitas, ni sudar haciendo hierros ni que lo pongan morado a golpes para aprender karate, ni le hace falta: con los grandes nadie se mete, y me enseña sus manos; cada una abulta como las dos mías juntas.

Esas mismas manos que ahora se enredan nerviosas detrás, mientras la gente del Patio lo mira y se sabe que tiene que hacer algo, darle el pecho al lío, mejor antes de que Humbertico lo encuentre con la vista y no haya remedio. Que parezca que le salió el paso y no que lo acorralaron, como la orca a la ballena en la película que pusieron hace poco, el pescado chiquito echándole cojones al grandote. Que aunque orca y ballena sean mamíferos, todo está en eso: el pez con más huevos se come al más cobarde, tengan el tamaño que tengan. Para que luego no digan “se arratonó”, ni “parece mentira, quién lo iba a decir del hijo de Cachita, tan hombrecito que parecía y salió flojito...”

El puente rojo se cruza o no se cruza, y nadie lo hace por su gusto. Nadie lo piensa demasiado, se cae en eso, se da el paso por no caerse, y ya. Porque por muy imbécil que se sea, cuando se piensa en que se puede matar también hay que pensar en que se puede morir. Pero todo el mundo quiere aparentar que fue decisión suya, y a nadie se le niega el derecho a ese mínimo disimulo. A Yako le gusta esa definición del

libre albedrío. Fingir que escoges lo que ya sabes que no puedes evitar. Que piensas y meditas lo que en realidad te imponen los instintos y el momento.

Yako tuvo un verde de lujo: no estuvo en Angola, ni en Tropas Especiales. Después de todo, somos una generación con suerte, descontando el Período Especial. Como es alto y tiposo, cayó del cielo el destino del pelotón de ceremonias para el hijo con suerte de Caridad. Tremendo jamón, pases todas las noches, bacilón completo, a veces en el cañonazo vestido de soldadito de plomo, con Eusebio Leal y las extranjeras en shorts retratándose con él, la vida misma. Y ahí conoció a Silvia, que estaba en su lucha allá en La Cabaña con unos italianos. Yo tuve que jamarle el año entero antes de entrar en la CUJAE, con previa, hambre, caminatas y guardias hasta los días feriados. Sin otra novia que mamá Manita y sus cinco hijos, cuidándome el culo como gallo fino. Que a veces las unidades militares son como prisiones, solo que con el tiempo distinto.

Humbertico el Piraña lo descubre al fin en el grupo, y rompe la botella contra la pared. Avanza y gesticula con la flor de cristal como una mano de muerte. Pero Yako y todo el Patio sabe que el peligro no está ahí, sino en la otra mano, que le cuelga casi rozando la rodilla y medio con cara de yo no fui. Humbertico es zurdo, y por borracho que ande sabe que todo el mundo lo sabe, por eso trata de disimular aunque también se dé cuenta de que no le va a servir de nada y que al final va a tener que partirle de frente con la zurda al blanco singao que se metió a su hermana de 14 años aunque él la cuidaba como perro a su hueso.

Tener hembras en la familia es un embarque en el Patio, donde todo macho anda a la que se cae: es criar y vivir para vigilar carne para otros, y desprestigiarse si uno se descuida... lo peor es que siempre se acaba descuidándose, y entonces hay que pitar fuerte, soltar cojones y si llega a eso, rajar. Porque un hombre no puede dejar que pisen su palabra en ciertas cosas, y menos si acaba de salir del tanque, donde el que se agacha y se abre de patas una vez, se queda así para siempre.

Fue Yako pero pudo ser cualquiera, porque lo de Petra tenía que pasar, más temprano que tarde. Porque la cabra siempre tira al monte y esa jabá nació con la putería y la calentazón en la sangre, y con un cuerpo que ya hubiera querido su madre Tomasa para sacarle el kilo antes de podrirse tomando chispa de tren. A lo mejor si hubiera salido del Patio hubiera servido para modelo o bailarina de Tropicana, quién sabe. Pero el Patio es un sumidero, quien se queda bota el futuro a patadas y litros de alcoholite, todo es un largo presente, esperando la nada o el todo o el Armagedón, nadie lo sabe ni le importa.

A Petra, sin madre, siempre le gustó encimarse a la espalda de su hermano cuando jugaba al dominó, desde que levantó una cuarta del suelo, y cuando empezó a derramársele el culo fuera del short y a hinchársele el pullóver por el empuje de las tetas, ya trataba de tú a tú a todos los machangos. Así que todo el mundo apostó a que acababa haciendo la noche frente al hotel Cohíba... solo era cuestión de tiempo, y de zafarle el cuerpo a su hermano mayor y sus cintazos pa`meterla en cintura y “si te veo en el refistoleo te pongo el culo morado a base de patadas y mato al cabrón que te esté ahuecando el ala”. Alguien tenía que estrenarla, y era lógico que fuera Yako, el nenilindo, el blanco sabrosón, de contra con una jeva tan recontrasupermamable e hipercapullable como Silvia. Porque las mujeres también viven ese morbo, y antes que estar con hombres que estén buenos, prefieren hombres que hayan estado con mujeres que estén buenas. Y que todo el mundo lo sepa, para más inri. Más todavía aquí en el Patio, que la que no vigila bien cortico al marido, es porque está ocupada tumbándoselo a otra.

Yako volvió del verde mojado de vagancia existencial: sin ganas de hacer nada, ni de seguir estudiando ni de trabajar, ni siquiera de ponerse pa` la maldad y la lucha a lo grande, onda de asaltar bancos, prestar fulas al 20% de interés y traficar con maría, como soñábamos a veces de chamas, bocaarriba en la rama grande del mamoncillo del terrenito del Yepo, fumando los primeros Populares y luego el primer maní, el que más se disfruta en la vida. Vino derrotista y filosoficón, el nene: nada más quería jugar al baloncesto horas y horas, templarse a Silvia y a cuanto blúmer le pasar por delante y hablar de tres cosas: del puente rojo, de Salieri y de la teoría de la mierda. De pincha, no hablarle ni jugando. ¿El en la construcción, o a cazar cocodrilos? Ni loco. Y no tenía pa` encontrar más ná. Yako, filósofo de barrio, bajándole sus tallas bizcas desde detrás del pomo de alcolifán a quien quisiera oírlo, dejando que los días se le enredaran entre las pelotas con el logo de la NBA pintado a bolígrafo, la cancha de la esquina con el cemento cuarteado por las raíces del ocuje, las películas porno en casa de Alfredo, el ex-marino mercante que fue el último tipo que estuvo con Tomasa su vieja, y Silvia, que nadie sabe por qué no acababa de botarlo si se sabía todos sus tarros de memoria.

Humbertico el Piraña se caga dulcemente en la puta de la comadrona que le lavó los pendejos cuando nació a la recontraputa de la madre del mariconazo que es Yako, y sabe que está muerta y maricón si no salta a defenderla. El tufo a alcohol malo le da candela a sus palabras. Que salte si es hombre, a ver si tiene los huevos tan bien puestos para rypiarse como los machos como los tuvo para aprovecharse de una niña inocente.

Su hermanita es tan inocente como el Patio barrio residencial de lujo , pero por un momento suena a verdad en su lengua, suena a abuso y descaro lo que le hizo Yako. 14 años son catorce años, aunque usen la talla 38 de ajustadores. A ver, a ver si es tan cabrón: que dé el paso, que tire un golpe si no es una abierta culo e` túnel, que lo va a rajar como a un bacalao, pa`que aprenda a no meterse con los hombres. Yako repite el gesto de revisarse el bolsillo, pero el Piraña sale del tanque y se las sabe todas, no cae, no se traga el bluff, sabe que los grandes siempre van sin hierro, a pelo. Y escupe, saliva espesa como el miedo y la vergüenza que salpica los Nike nuevecitos de Yako, último regalo de Silvia.. Y se queda esperando. Hay tanto silencio que el balbuceo constante del Babas suena fuerte como un león rugiendo.

Entonces la gente se aparta y deja espacio pa` lo que sea, porque cuando se sabe que la suerte ya está echada y no es con uno la cosa, hay que mirar. Yako-César sin demasiadas ganas de cruzar el Rubicón se agacha y se limpia el gargajo verdoso de la punta del zapato, y ya está en el puente rojo y él lo sabe y yo lo sé y lo que nadie sabe es por dónde va a salir, si cruza o recula.

La teoría de la mierda de Yako es muy simple: si salimos de la mierda, somos mierda y volvemos a la mierda, no vale una mierda mover un mierdero dedo para salir de la mierda, porque todo es una gran mierda universal. Y a la mierda Einstein y Newton y el copón divino de mierda, y el mejoramiento humano y el luchar por una meta y toda esa mierda. Sonará bobón, pero después del escalofrío del tercer trago de hueso de tigre, que sacude la garganta como un latigazo por dentro, todo el mundo en el Patio deja de pensar que eso no es original ni la cabeza de un gunajo, y entonces simplemente se sabe que Yako tiene la razón y hasta un sanaco flotante como el Babas se acuerda de haber pensado algo por el estilo alguna vez. Por lo tanto, se dice “coño, blanco, partiste el bate, eres la cátedra” y se pasa al cuarto trago. Total, si el alcohol y el Patio y el calor de verano y el país y el mierdero universo entero son una mierda. Antes que no nos conociáramos... bebíamos. Ahora que ya nos conocemos, bebemos. Pues, a la mierda entonces, y bebamos, hasta que no nos conozcamos.

Humbertico el Piraña, ratero desde chiquito, camaján viejo, carne de galera y lamebotas de cuanto negrón mandante de circular hubo en La Cabaña, sabe que puede tener un chance cuando Yako se agacha a limpiarse el escupitajo, pero tiene miedo de las manotas de jugador de baloncesto y duda. Aunque no sea muy inteligente ni tenga mucho que perder después de salir del tanque, duda, tiene que sentir el miedo y duda. Porque con la pelona no se juega, y después de lo que le ha dicho a Yako es a cara o

cruz, si no lo jode lo jode él, nada de galleta, primera sangre y los apartan, que en el Patio se huele cuando la bronca TIENE que llegar hasta el final de todas todas, y entonces no se mete ni Dios a despartar. Cuando hay virgo roto de hermana menor de edad en el tapete, la honra pide muerte, más que sangre. Y solo ahora Humbertico el Piraña, con borrachera y todo, se da cuenta de que no hay vuelta atrás, y a lo mejor se caga en la hora en que se le ocurrió pitar... porque se está jugando una vida de mierda, pero que es la suya, la única que tiene.

Yako dice a veces “mi segundo apellido es Salieri” y entonces sí hila una moña filosófica finísima, de caché. Que la gran jodedera y condena del mundo no es ser un genio, ni tampoco nacer comemierda y saberlo o no saberlo, y vivir tan campante, como el Babas, con su bobería, contentísimo empujando su carretilla por el Patio todo el santo día, por más que uno se ría de él. El caos, el acabóse, la tragedia, es estar en el medio: tener las ganas, darse cuenta de dónde está lo grande, y no tener con qué llegar. Salieri. No ser el peor, sino solo de los buenos. Ni siquiera de los mejores. No ser el crack, the number one, el top guy, el bestia total, sino apenas el que le lleva las maletas. Y eso puede ser lo mismo no haber llegado a oficial del Pelotón de Ceremonias, o no coger carrera, o no poder jugar nunca en la NBA con Michael Jordan y ni siquiera en el equipo Cuba. O haber nacido en el Patio, Centrohavana silvestre, medio callejón medio solar medio pasaje, y no en Haití o en Suiza. Estar siempre a medio camino, ser una marquita más en la estadística... y saberlo. Darse cuenta, esa es la dura. Y algunas veces la gente lo entiende y otras no, pero siempre menean la cabeza y dicen “este blanco habla con el alma y tiene aché de lengua y moropo, sí señó”. Y otro trago, para olvidar la mierda que somos todos, y por si acaso el Salieri ese...

Humbertico el Piraña tampoco trae fuca, porque valen cincuenta y todavía no tiene faos para eso, acaba de salir del tanque y no se ha conectado todavía, porque Alfredo el ex-marino no quiere ex-presidarios en su moña con los videos, lo siento, socio, pero ya no es como antes, ahora estás marcado. Lo del Piraña es una cuchara afilada sujeta con una liga a la pantorrilla flaca y sin pelos. Desde que tuvo la bronca con el prieto gordo aquel en La Tropical y se salvó por los pelos del machetín rajándole el cráneo, tuvo que rajarse él al otro y se le partió el filo de afeitar en la mano, no se confía en las navajas plegables. En ninguna.

Su mano se sabe de memoria la cuchara afilada contra la piedra del piso de la galera. Nadie sabe cómo logró sacarla, se especula que envuelta en papel de cartucho y metida en el culo abierto de yegua de mandante de circular, o soltándoles plata a los

guardianes, que con dinero todo camina en el mundo. Es su tesoro, y ni enseñarla mucho le gusta. La cuchara es china, todavía se ven las letras en el cabo casi sin brillo de tanto manoseo. A veces tiene que apretarla para dormirse, y llora en sueños, igual que allá. Los cabrones dicen que su culito de pomarroza extraña a algún negrón rabo de mulo, que quiere volver de yegua y lea y cherna que es. La verdad es que tenerla siempre cerca le da confianza, lo hace sentir completo, y recordar que sigue siendo hombre y que nunca le dió el culo a nadie en el tanque, aunque sí aprovechó un par de veces a Damián el Cloaca, porque vivir sin mujer es duro, y a falta de pan casabe...

Si se agacha para sacar el arma delante del Yako, la patada con el Nike talla 48 no se la quita nadie del centro del carón. A lo mejor en ese momento su mente bebida se caga en el mierdero calor del verano que no sirve para llevar manga larga y esconder debajo el hierro, y piensa en una banda de cuero especial en la muñeca para llevar el cuchillo como los gangsters de las películas del sábado por la noche. O no piensa nada, porque de todos modos tiene la botella rota. Así que es casi seguro el golpe de arriba a abajo con giro de muñeca con la flor de cristal, que araña pero no mata, sale desde el alcohol y el instinto y la roña no desde el pensamiento y la cabroná de viejo presidiario.

Yako ve venir el vidrio buscándole los ojos y sabe que ese es el centinela del puente rojo. El Patio ve venir el botellazo como en cámara lenta y todo el mundo se calla a gritos, porque ya la pelea se forma, como se forman esos remolinos chiquitos en el polvo, cuando hace calor, después del mediodía. Y de la misma manera se puede acabar, así, ya, y todo será polvo como antes, y un poco de sangre más, en todo caso.

Yako siempre dice que en la vida hay un puente rojo.

Esa es una talla que sí me gusta, y a él también, lo dice por lo menos diez veces al día. Yako, el filósofo del puente rojo.

A lo mejor lo leyó en algún libro de chinos, aunque lea tan poco. Es que suena a filosofía de esas de gente vestida de seda, tomando té y con mucho tiempo, mirando carpas comer pan. Como en el Jardín Japonés del botánico, donde fuimos él y Silvia y yo la última vez y los oí discutir en la glorieta y me hice el loco sin perderme una palabra. El a ella “puta jinetera”, ella a él “tú lo sabías y además con qué moral si lo que eres un vago bueno para nada”. Conversación casi habitual de pareja cubana de hoy, estribillo inevitable si la pareja es del Patio. Otra manera de decir “te quiero mami” y “yo también te quiero, papi”.

El puente rojo es la decisión de sangre, la alternativa del torero, el espaldarazo del caballero. Uno entra porque otro lo empuja, y solo se sale cruzando y matando o

apendejándose y tocando guitarra, en la media vuelta del maricón. Yako le ha dado mucha cabeza al asunto, entre nubes de maría sin mezclar, que a mí me mata de tos: si matas, todo el mundo sabe que pasaste el puente rojo, y descubres que no es tan fácil, pero que no hay como echarte atrás. Porque al otro lado del puente suele estar el tanque, y ahí los hombres ya no son hombres sino fieras, y la letra de la canción de Moncada es mentira; caimán sí come caimán. Y si te arratonas, mejor que te montes en una balsa y te vayas del país, y a lo mejor ni así, porque al hombre con raya amarilla en la espalda se le huele hasta en el sudor, en el Patio o en China. Pendejo una vez, pendejo para siempre.

Discutimos mucho eso. Cuando Yako con Silvia y yo solo como siempre, fuimos a ver “Lord Jim” la película de Peter O’Toole, porque yo había leído el libro. Y le gustó, pero se quedó diciendo que nadie regresa del mar de mierda de los cobardes. Que no hay redención ni segundo chance. Y luego me pidió y todo el libro de Conrad, Yako el que no lee. Hasta para él debe ser rico descubrir que otro puso en blanco y negro lo que te ronda la cabeza sin que puedas agarrarlo. Saber que no estás solo en tu idea, eso.

Pero lo del puente rojo no está mal. Es como Moby Dick para Ahab, o Hamlet pensando qué hacerle a su puta madre y su tío cabrón por matarle al puro. Y claro, Julio César cruzando el Rubicón. Es siempre de pinga.

Yako se agacha y resbala por el piso como una araña gorda y demasiado grande, torpemente ágil de todas maneras. Por eso el filo mordedor del botellazo solo le raja el pullóver Benetton y le saca sangre del hombro antes de que las piernas le choquen con las de Humbertico el Piraña y se enreden los dos. La rojita ya saltó, ahora el Patio grita como un solo hombre, como en riña de gallos, como en pelea de perros o bronca de fiñes que se ponen morados a piñazos para ser socios al día siguiente, por el puro placer de dar trompadas y perdonarlas después. Aunque saben que esta no es reyerta de final tan fácil. Pero gritando así parece deporte, un juego, y un par de jodedores apuestan y todo. Solo que la tensión, como muelles atravesando el aire, no grita, no se para, está sentada al lado de la muerte sobre las mesas de dominó limándose las uñas, porque ambas saben que tiene que pasar algo, y qué, pero no lo dicen.

Yako no se merece a Silvia ni aunque ella jinete, y los tres lo sabemos. Pero ella es mucha hembra para que Yako la deje, y yo soy demasiado bueno, inocente y comemierdón para una bayamesa luchadora con hambre de subir como ella, además encaprichada en adelantar la raza, mulata acomplejada con su pasa. Yo también blanco,

pero trigüeño, bajito y de ojos pardos. No compito. Ese es el triángulo, y yo sobro aunque esté, sé que no tengo peso ahí, no lo voy a tener nunca, ni cuando me gradúe y sea un ingeniero mecánico más, un engrasador de centrales o limpiador de bujías, crucificado en vida si no caigo en una corporación, sin oler el billete ni de lejos, por mucho libro que me lea, por mucho hierro que machaque en el gimnasio que puso Manolito el Trípode debajo de aquella misma mata de mamoncillo de nuestra infancia. Que ya ni es la misma; se le cayó la rama-fumadero cuando la tormenta del siglo y mató a la chiva de Cachita que andaba por ahí quién carajo sabe buscando qué.

A lo mejor lo mismo que busca Silvia en Yako, o él en ella, Salieri y conformarse, la mierda y un puente que podría ser rosa para las mujeres, rosa o de encajes negros con olor a ambientador de hoteles, gallego gordo, Palacio de la Salsa, Cayo Coco y pasaporte a Extranjería. Ni yo mismo sé que busco en la jeva de Yako, mi socio, que si me coge me hace fufú, por qué caigo siempre en ella a pesar de tanta putica alegre y estudiantil de los albergues de la CUJAE. Será porque siempre se burlan de mi estilo guapo de vestir, sin argollas en la orejas ni pelo largo, que en el patio no caben esas mariconerías... o será porque uno siempre quiere el reto, el puente, la muerte para salir de la mierda, y entonces se hunde más al final, pero al principio ni quiere saberlo.

Humbertico el Piraña está en su elemento en la revolcadera. Muerde con los dientes medio saltados que le ganaron el apodo, pateo, araña, se retuerce, se desdobra en brazos de mono y tentáculos de pulpo. Está feliz, mientras el grande no se pare siempre puede ganar, y él es un sucio que en la cochambre se luce, con suerte le pone una llave de estrangulación de esas que todo fiñe del Patio aprende casi antes de saber caminar, y ni tiene que rajarlo. Pero al fin el tamaño se impone; Yako se revuelve en el polvo, da un par de empujones con los hombros, logra arrodillarse y le pone al Piraña la manaza en la cara, gritando como un loco. Le restriega la nuca contra la tierra del Patio, como queriendo lijarle la memoria del insulto de templarse a Petra y las ganas de bronca para siempre. Y en ese momento Humbertico recuerda lo que ya sabía desde el principio pero que quería olvidar: que tiene que meter mano a la cuchara afilada para que decida como siempre, como aquella vez en la circular 3 cuando tuvo que rifársela con el albino Saúl por el derecho a buscar la merienda, y el negrón mandante vigilando la reyerta, para ver con cuál se quedaba de tracatán y a cuál tiraba a los leones para que se lo singaran esa noche los secuaces.

Tiene que hacerlo aunque tenga que volver al tanque, porque el que ha sobrevivido allí nunca va a dejar de intentar ganar una bronca, sea como sea.

Humbertico sabe que en toda pelea no importa solo quien gana y quién pierde, sino qué te juegas, qué ganas y qué pierdes, y por eso su mano se atornilla al fin en la cuchara y busca tenaz la tripa cervecera de Yako, para sacarle o quitarle o ganarle sabe Dios qué.

El puente rojo es una idea fija que hipnotiza. Camino sin regreso, encrucijada de hombres sin salida. Mucha gente ha sabido o sabe que existe, y lo llama de otro modo. La senda tenebrosa de las películas de gangsters. La puerta. El trono de sangre, en una película de Kurosawa. Para Conan Doyle era el gato del Brasil, la noche pasada junto a la bestia, que te encanece y te deja cojo y cambiado para siempre, pero vivo. “El reto”, aquella película vieja de Ryan O’Neal manejando como un loco y chocando carros para mostrar que era duro de verdad. Matt Dillon en “Rumble fish” buscando las huellas del fantasma camorrista de su hermano y contento cuando el Chico de la Motocicleta muere y lo libera. El puente sobre el río Kwai. Todo eso y nada es el puente rojo exactamente. He pensado en eso, aunque nunca tanto como Yako. El tenía obsesión. Imaginarse lo que se siente después de matar... cuando te das cuenta de que has violado una ley del mundo y que no obstante nadie en lo alto te castigará, que Nietzsche estaba claro, Dios ha muerto de puro aburrimiento y si los hombres no te castigan ojo por ojo y diente por diente ningún rayo te alcanzará para purgar la blasfemia. A la mierda la moral, ley de la selva, jode antes de que te jodan. Y la policía y la ley no tienen más derecho que su fuerza y su astucia, como todos.

Dios ha muerto ahogado en la mierda. Silvia y yo templando como locos en la casa en la playa, al lado de Yako borracho, amigo y novio, jodiéndolo por joderlo, solo porque no se debe, jugándonosla, sin amor, casi sin disfrutarlo, sabiendo que se arma si se entera, imaginándonos que lo sabe, y a la vez queriendo que lo sepa y actúe, que se vaya todo el tinglado y la máscara a la mierda.

Yako ve venir la cuchara con ganas de abrirle un ombligo nuevo y la para de milagro, cortándose los dedos. Casi siento el dolor, me tenso queriendo ayudarle, como si me convirtiese en él, mi corazón latiendo desbocado. En momentos así es que se desubre sin remedio que todas las películas de Bruce Lee y Chuck Norris y Steve Seagal y Jackie Chan son mentira. En la vida real un filo es miedo y frío y peste a peligro y a muerte, adrenalina a ríos, que te tensa los músculos y te paraliza de miedo, y no coreografía de ballet de patadas ni Jean Claude Van Damme girando en el aire. O no te paraliza, puedes moverte pero es como en un sueño, que quieres correr pero nunca corres tanto como quieres, así mismo: quieres hacer una esquiva de película y te cortas los dedos, ni siquiera cortados del todo, solo hasta casi llegar al hueso, para que sangre

y duela. Corto y torpe el tajo, no de espada de samurai que manda limpiamente a volar la mano. Luego quieres dar un suki rompepechos y das solo un manotazo que tumba y te tumba del rebote, pelea de mancos torpes y epilépticos desfallecidos, y el polvo y los gritos y saber que tienes que hacer algo, pero no saber qué. La voz que te dice “Yako tiene que salir de esta como sea”, y la mordida rabiosa de Humbertico el Piraña en los dedos.

Pero existe un dios en lo alto: la sangre tu sangre haciendo resbalar la cuchara afilada en entre sus dedos blancos de tan apretados, y rebotar tintineando sobre el suelo duro que empieza a enfangarse de sudor y sangre y miedo. Y lo coges por el cuello y su nuez de mulato flaco temblando bajo tu antebrazo blanco de vellos negros, que aprieta, y aprieta... Y la gente grita, y yo digo “coño”, y corro.

Corro adentro, a su casa, buscando la llave debajo de la maceta del cactus, para entrar tan rápido que tiré la silla y no me dió tiempo ni ganas de decirle nada a Cachita, que me miraba desde atrás de la división, medio durmiendo la siesta todavía, a lo mejor acabada de despertar por el escándalo, a lo mejor acostumbrada, tantos años viviendo en el Patio las peleas ya no despiertan. Hurgar en el reguero debajo de la cama, encontrar lo que busco y salir corriendo con la lengua afuera y rezando porque todavía no haya acabado mal la cosa...

A tiempo. Porque Humbertico el Piraña se ha zafado y está luchando por recoger su cuchara de filo. Y la va a coger, Yako no puede pararlo, se le escurre, se le escurre...

Casi sin aliento, sintiéndome muy cabrón y muy amigo, se la tiré: la navaja, la cachicuerna albaceteña que le dejó Gema, aquella gallega que se templó el año pasado. La que quería meterme yo y no tuve el descaro de intentarlo. Me salió OK el lanzamiento: allá fue la made in spain, ya abierta y todo, giriresbalando por el suelo, dando vueltas derecha hasta su mano. No podía dejar de cogerla, y luego fue puro reflejo lo demás.

Crecimos juntos y lo habían cortado y la sangre en el suelo y en su ropa era toda suya y yo solo quise ayudarlo...

Eso dijeron todos después, cuando el corre-corre y la ambulancia y el patrullero y las preguntas. Eso dije yo. Sí, yo la tiré, quería que tuviera su chance porque era mi amigo, pero no pensé que... lo que pasó fue culpa mía, le decía al teniente del bigote que estaba levantando acta mientras los camilleros se llevaban al Piraña, hecho un nudo bajo la sábana manchada de rojo. Se lo dije una, y otra, y otra vez, culpa mía, culpa mía,

y se me salieron las lágrimas. Sin jipío, con apretazón en el pecho, como lloran los hombres cuando no hay remedio y hay tremenda impotencia y nada más que hacer. como se llora en el Patio. Como lloraba Yako cuando se lo llevaron.

Y lloré hasta que el teniente del bigote, de Santiago como tantos fianas pero más buena gente que la mayoría, tuvo que llevarme aparte, pasarme la mano por el hombro como si yo fuera su hijo, porque yo tenía edad para ser su hijo, y decirme bajito que la culpa no era mía, que la vida es de pinga y esas cosas pasan a veces. Y que ojalá él tuviera amigos como yo...

Bien vista la cosa, tampoco fue culpa de Yako, grandote sin costumbre de pelear con pérforocortante, que tiró de punta y no de filo como se debe hacer para no perder el arma si el contrario te la traba con la herida, y de contra con tan mala suerte o tan buena puntería que enganchó el ojo de Humbertico y directo al cerebro.

El Piraña sencillamente se puso fatal. Tuvo mala pata... Al que le tocó le tocó, el que a hierro mata a hierro muere, siempre se supo que ese iba a acabar mal, con los cuchillos no se juega, dijeron los viejos, pobrecita su hermana, ahora sí que nadie la salva de ponerse a putear. Se salvaron Petra y mi portañuela, dijeron otros.

A Yako no iban a llevarlo muy duro, nada más que tenía un par de raterías en expediente, un delito de receptación, pitusas arrancados de tendederas o algo así, y Humbertico ya era carne de presidio, mala ficha, fatalidad. Y atacó primero, así que quedaría como defensa propia., con una pila de testigos para apoyarlo. En el calor de la lucha, llevado por la pasión...

Eso mismo dijo el abogado en el juicio. Y Manolito el Trípode, y Alfredo que fue vestido con su uniforme de la Marina, y hasta el Babas. El llanto de Cachita por Jacobo su pobrecito hijo único también ayudó lo suyo a que el fiscal no se pasara de rosca con la condena que pidió.

Petra no fue a llorar a su hermano muerto ni a hacer escena al juzgado: “el mismito se mató, el muy comemierda se lo buscó por hacerse el guapo, por andar metiéndose en lo que no le importaba, que yo sé cuidarme sola” la oyeron decir, y las mujeres del Patio le pusieron la cruz, porque puta, si se quiere, pero la sangre es la sangre, aunque sea el que te estrenó el que la derrame.

Yo fui a declarar recién salido de un examen, y eso influyó también. Cuando dictaron sentencia, Yako me dijo con lágrimas en los ojos que yo era su único amigo y que nunca iba a olvidar aquello. Que saldría, que a fin de cuentas era solo un muerto.

Pero yo sabía que estaba diciendo mentira y él también. Que hay más distancia entre cero y uno que entre uno e infinito, y que ya él estaba del otro lado.

En estos meses a cada rato sueño con la cara de Yako diciéndome “hermanos para siempre”. Y con la navaja, cachicuerna, giriresbalando por el polvo, y luego brillando como un agujón en el aire. La policía se la quedó, como prueba. Lástima, era un buen filo, hoja firme y bien equilibrada.

A Yako todavía voy a verlo de vez en cuando, no tanto como en los primeros meses. Pero esas son las reglas, todo se gasta, y le echaron cuatro años, es mucho tiempo... Silvia solo fue conmigo las dos primeras veces, y nunca quiso pedir pabellón con Yako...

No la he visto más. Bueno, sí una vez, de lejos, en el hotelito de la CUJAE, empatada con un ingeniero francés que vino a un congreso que hubo allá. Fingió no reconocermela, claro, y yo ni la saludé. Me la templé solo un par de veces más cuando Yako todavía estaba esperando sentencia, y ya no le intereso. El sentimiento es mutuo. No me sorprende, lo supe desde el principio. Fue solo porque ella era su jefa, y porque yo era su socio. Puede que yo fuera solo otra manera de tenerlo más, de entrar en su infancia, ese pedacito que nunca le abrió de buen grado. Yako antes de Yako, antes de pensar en el puente rojo que al final acabó cruzando como a la vez temía y deseaba.

En la visita, la segunda vez, me dijo que alguien lo había mandado a matar. A lo mejor no es paranoia. Piensa que fue Petra, la hermana del Piraña, y yo no le dije ni que sí ni que no. Quién entiende a las mujeres; mucho beso por un lado y cualquier día te clavan el puñal por el otro. No es cierto que todas sean malas; algunas son peores.

Lo atacaron en el baño, dos: tuvo que pararse bonito, hubo tubazos y resbalones, le partieron un brazo, pero él le sacó un ojo a un blanco calvo y gordo con tatuajes de Santa Bárbara y ahora nadie se mete con él y le echaron dos años más por desfiguración del rostro. Por eso, sumado a lo del Piraña, le han empezado a decir Oculista. Y se ríe cuando lo dice, y me pone la mano en el hombro y repite que yo sí soy su socio. Y que ya verá cuando salga el fetecún y la gozadera que va a armar. Por ahora está casi bien: tiene cosas que hacer, sobrevivir y cuidarse las espaldas y subir en la jerarquía de la galera, se le ha metido entre ceja y ceja nada menos que llegar a mandante.

Ya no tiene miedo a toda la vida que perdería si lo matan. A lo mejor eso es el valor, en el fondo: que a uno ya todo le dé igual. Ahora todo lo tiene fácil, sin pensar mucho. Ya no lee. Ser yunque o martillo. Golpear o ser golpeado, matar o morir. Ya conoce las reglas, y juega en base a ellas. Vivir al otro lado del puente rojo no es tan

difícil. Me dijo que quizás se haga un tatuaje, algo al viejo estilo carcelario, a mano, agujas de coser y tinta de champú quemado. Una firma de santería, o el kimyankela, el espíritu con un solo ojo, una sola pierna y un solo brazo, pa` impresionar a la negrá del tanque. Ya usa cinco collares, él que nunca creyó en nada.

A su modo, Yako es feliz. Yo le sigo la corriente y le cuento cómo anda la calle, y hacemos planes juntos, pero los dos sabemos que ya no va a ser lo mismo. Nunca más. Tal vez eso sea la libertad; conocer tus límites. El puente rojo no es tan malo. Lo peor es estar en el medio, o al otro lado, sabiendo que tendrás que cruzarlo en algún momento, pero no cuándo...

Al principio lo envidiaba un poco, a pesar de todo. Ahora ya no. Yo también he cruzado el puente... mi puente, más verde que rojo. Después de tirarle la navaja esa tarde, todo ha sido más fácil, como ir cuesta abajo desde la cumbre a la que tanto costó subir. Podría decir que el destino del Patio me agarró, pero vivo diez veces mejor que antes; le compré un televisor en colores a la vieja y tengo las mujeres que me dá la gana, yo, el tímido.

Ni siquiera fue idea mía, pero la trampa funciona bien aceitada, cadena puerto-transporte-economía interna: Petra los liga frente al hotel o cogiendo botellas, me los trae a la casa, yo les ofrezco PPG, tabaco, ron, como si fuera mío, que Alfredo el ex-marino tiene sus contactos y me consigue el material. Y hay un poco para mí siempre, por poner la cara. Todo porque me gané la confianza del tipo por tirarle la navaja a Yako cuando hizo falta.

Manolito el Trípode y Alfredo se tiemplan a Petra a cada rato... no sé por qué: está buena, pero es más fría que un témpano. Le di un par de gatillazos y luego me aburrió. Como que tiene el clítoris del tamaño de una semilla de plátano... que no tiene semillas. Tanto presumir, tanta calentadera y luego tiene que fingirlo. Allá los extranjeros si se lo creen...

Hace unos días me preguntó si podía ir a ver a Yako, y pedir pabellón con él. La vida te da sorpresas... ¿amor verdadero o de verdad quiere echárselo y cobrarle al Piraña? Tengo que pensar qué le digo.

Me imagino que a Yako no le importó que Petra fuera anorgásmica y frígida. Todo fue por las apariencias, por no dejar pasar el blúmer sin tirárselo, y por el desafío a Humbertico el Piraña, el macho con el cartelito de duro recién salido del tanque. El reto. Yako el cabrón, el duro, el del puente rojo.

Qué importa. La vida es mierda, de la mierda venimos, a la mierda volveremos, entre mierda y mierda algunos dólares mierderos del mercado negro gastaremos comprando mierditas de shopping y unos alcoholes peleones de mierda, hasta que un día se acabe, con sangre y polvo o con sábanas y terapia intensiva. Y alguien dirá entonces “vivió”, como tantos. Un Salieri más, de los que hacen bulto.

Por el momento he dejado la carrera. Pedí licencia y me la dieron sin preguntar. En tercer año, pero a la mierda. No pienso volver. ¿Qué hace un blanquito del Patio perdiendo su tiempo en la CUJAE, estudiando una ingeniería que ni para mierda le va a servir? Con tanto negocio y tanta puta y tanta vida que hay por ahí esperando, en el Patio o afuera, que ya es casi lo mismo.

Eso sí, no puedo olvidar aquella tarde, la pelea, mi carrera a buscar la navaja, mi lanzamiento y la cachicuerna por el suelo, el golpe y la sangre del ojo reventado del Piraña. Lo he vuelto a vivir como mil veces en el recuerdo. Y cada vez estoy más seguro de por qué lo hice... pero menos seguro de lo que hice. De si lo hice a propósito o me lo inventé después.

Yako en el puente rojo. Yo lo veía pelear y no veía su miedo. Iba a ganar, era grande y estaba ganando, iba a ganar limpio. Era rubio de ojos claros y jugaba bien al baloncesto, se templaba a Silvia sin tener que esconderse y ella gozaba con él y sus borracheras más que con mi deseo, y medía 20 centímetros más que yo. Así que haber cogido carrera y leer mucho y saber que un día cualquiera podría irme del Patio de repente si me daba la gana no importaba nada. No eran los libros de tierras exóticas y aventureros de sangre fría increíble y calor monstruoso lo que contaba a la hora de la verdad. Era él y yo no. Esa era la vida real, sudor y sangre y guapería y pelea, y él la vivía y yo no. Y estaba en el puente rojo, la pelea en el polvo de la que solo uno iba a salir, aunque ninguno muriera. ¿Morir? Todo fluyó solo... como la explosión nuclear cuando el uranio 238 se acumula hasta la masa crítica.

Mi decisión, si fue decisión, surgió de pronto, sin premeditarlo, no como le insinué luego a Silvia en una borrachera, la última vez que me la templé. Uno se hecha mucha mierda encima cuando tiene dentro media botella de chispa de tren.

Mentira, no lo pensé por semanas carcomiéndome el hígado de envidia vieja y resentimiento, no lo preparé todo de antemano, no convencí a Yako de que se templara a Petra, ni le pagué a ella todos mis ahorros porque le abriera las piernas, sabiendo lo que iba a hacer luego Humbertico el Piraña. No se lo conté yo mismo, no le tiré la navaja sabiendo que Yako siempre hablaba de la puñalada florentina, cadena ojo-

cerebro-muerte... Todo, simplemente, ocurrió, y yo aproveché el momento, el montaje, la serie funesta de casualidades concatenadas, la circunstancia. No soy tan hijoe`puta ni tan maquiavelo.

¿O sí?

Lo jodido es que no puedo estar seguro. Puede que Dios no exista, pero si existe... temo que haberlo pensado ya es suficiente.

En el Patio dicen que yo soy un tipo culto porque leo y estidé. Pero nunca antes había leído la Biblia, que hasta para la vieja Cachita que vive y muere por sus santos es un pozo de ciencia. Todo el mundo dice que ahí hay respuestas para todo. Hace unos días busqué. Hubo un Jacob que vió la escala al cielo, y luchó con un ángel. Pero no dice nada de ningún puente rojo. Ni de ninguna navaja cachicuerna, claro.

La vida es de pinga y es mierda, coño, mierda. Porque cuando uno menos se lo espera, se encuentra de pronto en el puente... y nunca es como uno quiere. Pero casi siempre lo cruza, aunque sepa que no hay regreso.

23 de agosto de 1999

[Publicado en El Tono de la Voz. Blog de Jorge Ferrer](#)